

Algunos aficionados al jazz lo fueron antes del blues. A otros nos ha sido imposible abandonar tan mala costumbre. Ya se sabe, los vicios contraídos a temprana edad son difíciles de quitar, son como ese chicle pegado en la suela del zapato, que no hay manera de arrancarlo. Y además ¿para qué? Te pringas y es peor. Mejor dejarlo ahí, en contacto con el polvo que nos vio nacer. Porque el blues es así, es lo básico, la raíz de un tronco que crece y se ramifica: jazz, rock, funk, soul, rap... todos tienen el mismo padre. Un progenitor que sigue teniendo vida propia, diferenciada, aunque sea bajo seudónimos: blues/rock, rhythm and blues, soul/blues, eléctrico, rural, de Texas, de Chicago, bayou o houserockin. Nunca ha dejado de ser él mismo, tomando un poco de todos los lados: algo nuevo, algo viejo, algo prestado. Conoce el secreto de perpetuarse más allá del espacio y del tiempo, y lo seguirá haciendo cuando todos nosotros nos hayamos marchado. Es un valor eterno: música atemporal donde las haya. Por ello, acercarse a un disco de blues es siempre una buena inversión. Todos llevan implícitamente un cúmulo de garantías: longevidad, inmediatez, autenticidad y una fuerte descarga de adrenalina. Uno sabe que nunca le van a dar gato por liebre.

Dicho lo cual, justo es advertirles de que cualquier selección, y ésta no podía ser menos, es personal y, por tanto, en muchas maneras intransferible. Ni están todos los que son ni, si se mira con la lupa (siempre miope) del purismo, son todos los que están. En el primer caso porque la distribución de referencias en nuestro mercado sigue dando aún mucho que desear y en el segundo porque uno es de los que cree que al campo no se le pueden poner puertas: no existe el mito de los estilos estancos, la música es un lenguaje universal tentado de promiscuidad, hoy más que nunca.

Ejemplo de ello es *21st Century Blues... From Da'Hood* (BMG-Private Music), un registro clave para el final del milenio: fusión de rap y blues, básicamente, con inmejorables resultados. Su artífice, Chris Thomas, famoso por sus altercados con el orden público, algo que parece consustancial a cualquier raperero que se precie, ha dado en la diana de un subgénero que, no por menos predestinado, cuenta aún con pocos activistas. La cosa no es tan fácil como parece y, como sucede por ejemplo en el mestizaje de flamenco y jazz, se requiere tanto un conocimien-

to docto de ambos estilos como un fino instinto para fundirlos en la práctica. Justo es recordar que Thomas, pese a la penosa distribución/promoción de sus anteriores discos, y también de éste, en nuestro país, cuenta con un notable bagaje a sus espaldas (sus citas a luminarias del pasado aquí no son una mera pose), siempre en una línea veladamente heterodoxa de difícil anclaje, pero sin salirse de los márgenes convencionales. Un CD de obligada escucha, sobre todo para aquellos que ven el blues como algo inmovilista, donde nunca pasa nada. Un tópico que aquí cae por su peso.

Otras dos referencias de distribución tardía en el pasado año, pero de mención obligada por su especial interés, nos llevan hasta la pista de Scott Henderson y Ronnie Earl, dos guitarristas de culto que permutan aquí sus papeles. Henderson pasando del jazz/rock más complejo y visionario de sus *Tribal Tech* a un blues/rock engañosamente regresivo: *Dog Party* (Mesa Records); y Earl, sin abandonar la compañía de sus Broadcasters, pero dejando de lado el blues vocal y centrándose por completo en su Fender Stratocaster vintage: *Still River* (AudioQuest). Aunque, en realidad, ambos han optado por la misma herramienta, la Stratocaster de los últimos años 50 y primeros 60 (es decir, las únicas que fabricó directamente su diseñador, Leo Fender), el instrumento más revalorizado de los últimos años, con una cotización actual aproximada de un millón de pesetas y una escasísima presencia en el mercado.

Abundo en estos detalles porque, aunque sé que no a todo el mundo interesan, son claves para entender el resurgimiento del blues, como fenómeno casi de masas, desde la primera mitad de los años 80. Es importante apreciar la gama de tonos, limpios y jazzísticos, que Ronnie Earl extrae de una guitarra que todo el mundo asociaba con Hendrix. Su revisión de *Time To Remember*, a partir de la versión que Grant Green hizo para Blue Note en 1970 (*Alive*), es harto reveladora; como no lo es menos su homenaje a ¿Charlie Parker? en *Kansas City Monarch*, ni su aproximación al lenguaje modal de John Coltrane (*Equinox*), todo sin perder un recio, profundo, sonido de blues. Un disco al otro lado de los tríos de órgano Hammond B-3, que ha tenido su continuación en un *Live In Germany* de imposible adquisición, salvo algún ejemplar de aislada importación directa, que yo sepa, en nuestro mercado.

Los mejores del año

Francesc Caballero

– Billy Branch: *The Blues Keep Following Me Around* (Gitanes/Verve).

Reseñado en el número 31 de *CdJ*, su posterior audición más reposada, corrige y aumenta la buena impresión de entonces. Blues de Chicago con las orejas bien abiertas, cuya escucha puede quedar perfectamente complementada con *Deep Down* (Alligator) de Carey Bell y *Everybody's Gettin' Some* (Telarc) de Junior Wells. Entre colegas (armonicistas) anda el juego.

– Elvin Bishop: *Ace In The Hole* (Alligator).

El veterano Bishop en la cumbre de su carrera. Su presencia cubre con creces el vacío dejado en su momento por Roy Buchanan. Una perfecta combinación de temas vocales e instrumentales como para quedarse con la boca abierta.

Sin embargo, por si tuvieran ganas de más, anoten estas dos referencias, también llenas de convicción guitarrística y espíritu vocacionalmente negro:

– Studebaker John And
The Hawks: *Outside Loo-
kin' In* (Blind Pig).

– Bob Margolin: *My Blues And My Guitar* (Alligator).

Y, por supuesto, obvia la mención de:

– Mighty Sam McClain:
Keep On Movin' (Audio-Quest).

También reseñado en el número 31, con todos los honores, es una de las joyas del pasado año. Poco importa, como en el caso de Robert Cray, que derive más hacia el soul que hacia el propio blues. Su intensidad musical rompe cualquier apuesta.

Tampoco sería justo olvidarnos de algunos dis-

cos que por su falta de cohesión no han entrado en la lista, pero que albergan joyitas a modo de temas sueltos en medio de la paja general. Es el caso de Lucky Peterson, cuyo *Lifetime* contiene varias gemas instrumentales de difícil omisión. Algo que también sucede con *Get Down With The Blues* del organista Tony Z (Rounder), con Duke Robillard a la guitarra, Houston Person al saxo y Bernard Purdie en la batería, involucrando como en el disco de Ronnie Earl jazz y blues, pero sin el acierto de su antiguo jefe de filas. Es el caso también de dos excepcionales guitarristas como Robben Ford y ¡sorpresa! Joe Satriani, en cuyo último trabajo descalabra a la parroquia heavy con un homenaje a Ry Cooder, varios blues instrumentales de intachable factura y un tono general más próximo a la fusión: *Joe Satriani* (Relativity/Sony) y Robben Ford *Handful Of Blues* (Stretch/Blue Thumb). En fin, la lista sería larga: B.B. King, Gary Moore, John Lee Hooker... No es fácil hacer discos redondos hoy en día. ■

EL GRUESO DEL PAQUETE

Se podría decir aquello de: Ninguna selección discográfica del 95 estaría completa sin... (vayan tomando nota).

– Albert Collins And
The Icebreakers: *Live 92-93*
(Pointblank/Virgin).

El llorado maestro de la Telecaster en su última gira, cuando ya el cáncer devoraba sus entrañas. Nunca tuvo suerte, siempre fue el más original; y, justo cuando saboreaba, por fin, las mieles del reconocimiento... ¡Adiós! Un disco emotivo ante todo, sin nada nuevo en lo estrictamente musical, pero con el fuego de una guitarra que se apagó para siempre. Genuino blues de Texas: abierto y con mucho metal.

– Robert Cray: *Some Rainy Morning* (Mercury/PolyGram).

Alumno aventajado de Collins, también de personalidad apabullante, Cray es otra pieza clave en el resurgimiento del blues a manos de la Stratocaster. Admiren su técnica de mano abierta, su sonido seco, huyendo del *sustain*. Aunque en realidad éste es un disco de soul más que otra cosa. Un ejemplo de cómo hacer excelentes registros año tras año, sin que la creatividad se resienta.

– Sunnyland Slim: *Sunnyland Train* (Evidence Music).

Leyenda viva del piano de blues, 86 años, seguir contando con él es un verdadero milagro. Demos, pues, las gracias y admiremos el poder que aún sigue conservando en ambas manos, sus bajos como martillos, y ese *feeling* rancio, cultivado en todas las etapas evolutivas, desde Mississippi a Chicago. Un cuerpo a cuerpo crepuscular entre hombre y piano.

